

El río que brotó de la UNEY

por: Israel Jiménez Emán

Aquella mañana de mayo, año nueve, milenio dos, pretendiéndonos movilizar estratégicamente hacia un lugar más seguro para la reflexión, fuimos intuitivamente desde *Salsipuedes* hacia el norte y luego hacia el poniente bordeando los alrededores de las cunas de los manantiales. El *Yurubí* nos bautizó y su cohorte de quebradas nos vio pasar y bendijo. Éramos más de cien los que para entonces ya estábamos en la *Redoma del Indio*. Al ver el arco iris de su fuente supimos que habíamos llegado: hubo un cambio en la forma como la luz atravesaba la lenta caída de las flores a través de los manchados troncos de los apamates y sentimos un renovado aroma en los ancianos mangos. En la brisa vino un rocío y nos recién dimos cuenta de que rondábamos las inevitables coordenadas fluviales a las que el destino nos llevaba. Fue entonces cuando escuchamos como venida del canto de la guarura y del viento: “ ... *es aquí donde nace el agua...* ”.

Llegó el silencio. Entramos sigilosamente por uno de los canales a *Casa Venecia*. Como si quisiéramos invocar algo, nos echamos en la hojarasca del traspatio mirando al cielo; nos bañaba también la luz que emanaba de la Virgen de la Gruta. Afuera, sentíamos todos cercana la protección del único estado hecho indio, hincado sobre el peñón en franca posición de guerra como divisando las nubes de *Marimón*. Rumbo noreste, desde *El Playón*, el *Yurubí* esperaba ansioso el nacimiento; la reverdecida cárcava observaba. Nos incorporamos y tratamos de sentarnos todos en la sillas, pero no fue posible: las desbordamos hasta lo que fue alberca y es hoy estanque.

De la naciente, como buen augurio, una primera lectura nos llevó a la escuela de la noche de William Ospina. La trajo Freddy como anunciando lo que sería un premio. Una lectura de la que abrió un delta de comentarios por el que fluye la academia: los idiomas como fuente de vínculos para Horacio González desde Buenos Aires; Guillermo de Humboldt desde la Universidad de Berlín advirtiéndonos hace casi 200 años acerca de lo peor que nos puede pasar: convertirnos en formadores de profesionales. Pedro Salinas desde la Universidad de Sevilla (o desde La Sorbona o Cambridge) y el “elogio del analfabetismo”; o la tesis del maestro ignorante; o la de la “copiadera” de Simón Rodríguez, como anunciando el “cut and paste” ; o del reconocimiento del alumno a su maestro como el que hace con humildad Leonardo da Vinci a Andrea del Verrocchio. Pero debemos volver a Ospina para recordar que el saber debe ser una “fuente de serenidad”; que la educación debe ser educada; de lo errado que podemos estar al creer que la vía al saber es sólo la academia; o que es exclusivo ejercicio de poder de los adultos (una forma de exorcizar el vacío existencial del que habla Víctor Frankl). A no conformarnos con informar, adiestrar ni rendirnos al culto de lo competitivo. Pero he aquí dos vertientes que llaman la atención; Ospina asoma a través de una imagen fluvial lo que posiblemente salve a la educación: invoca al silencio de la humanidad como punto de partida para escucharse a sí misma como a un río: “ Tal vez así podría oír el rumor de su verdadera sabiduría”; pero también hay que favorecer la “capacidad de creación”.

A partir de estas dos nacientes hicimos silencio de nuevo y dejamos que la creación académica se escuchara e hiciera caso al rumor hacia donde iría su curso. Discutimos serenamente y con humildad. Y brotó el indetenible río que ya traía subterráneamente su cauce desde hace diez años: Creación y Gestión Social. Cada profesor, desde su

materia, desde cada espacio académico, tributó su experiencia, su esencia. Citemos algunos tributos: desde Ciencias físicas y aplicadas; la Ley de acción y reacción, como metáfora para resaltar el valor de la tolerancia; Metodología del entrenamiento ofrece: Filosofía para el perfil del entrenador en las comunidades; Paideia propone: Equidad, protagonismo, participación, inclusión y solidaridad social en la educación; Lengua y tradición cultural confluye con: Oralidad, Literatura y escritura: memoria cultural de las comunidades; tecnología de la comunicación: La socialización del Internet como instrumento educativo y su valor real.

La tarde llegó y para entonces la UNEY había ya honrado con su río al mes que nos hace verdaderamente yaracuyanos. Pero esta vez había algo en el húmedo verdor que hacía fluir la subterránea yaracuyanidad que siempre estuvo bajo nuestros pies: la del pueblo.